

## **Discurso del presidente de México, Carlos Salinas de Gortari, en la cena ofrecida en su honor por el presidente de Portugal, Mario Soares**

Mucho agradezco las muestras de cordialidad que he recibido por parte del pueblo y del gobierno de Portugal. En esta magnífica ciudad de Lisboa los mexicanos encontramos la familiaridad que arropa y la alegría contagiosa de vivir. Me enorgullece ser portador de un saludo cordial del pueblo de México, que brota de la amistad y del anhelo de un mayor contacto con este gran país europeo.

Los portugueses, grandes exploradores y viajeros de la historia, conocieron de etnias y de geografías; de comercio y de tecnología; de la fuerza incontenible de las letras. Revelaron al mundo europeo fronteras insospechadas. Sus naves surcaron casi todos los mares y, por ese motivo, encontramos también su huella en el continente americano. Con otros pueblos de la península ibérica compartieron la gran aventura humana que desembocó en nuestra América y que hizo surgir, a la vez, los albores de una sola historia universal.

La fama lusitana ha sido muy grande durante varios siglos. Con el signo del clavel, Portugal inició un nuevo ascenso para participar en los cambios del mundo y para hacer más libre y próspero a su pueblo. Hoy se muestra en su renovada vocación universal, en su animado esfuerzo económico, en su política de respeto a la soberanía de las naciones y en su afán de cooperación internacional. En el presidente Mario Soares los portugueses tienen, sin duda, un arquitecto de la nueva proyección de su país en Europa y en el mundo, y una política con la dimensión para convertir los tiempos de transformación en beneficios para su pueblo.

Los cambios internacionales que ahora suceden nos estimulan y también nos inquietan. Sabemos que de ahí surgirá una nueva configuración de las relaciones internacionales. Estas transformaciones, tan profundas como inesperadas, acentuarán la competencia entre las naciones. Hay una nueva era en ciernes, sin garantías para nadie, pero también de ampliadas oportunidades para quienes encuentran, en el cambio, razones para aumentar su fortaleza y, en el mundo, opciones para prosperar.

Esta nueva era, definida por la distensión, por el fin de la guerra fría, por la emergencia de un mundo multipolar y por una revolución en los conocimientos y en las tecnologías, ha cambiado los cánones de la producción y el consumo de los bienes y de los servicios. Se han acortado las distancias entre los países al punto de que hoy somos capaces de producir un bien con insumos que se elaboran en el extremo opuesto del planeta. La capacidad productiva y comercializadora se encuentra bajo una permanente presión por modernizarse, generando nuevas demandas a la organización social y política. Por eso el cambio, sin calificativo ideológico, es signo de nuestro tiempo.

México ha emprendido cambios profundos en la última

década, anticipándose a los que hoy han iniciado otras naciones. Con una población superior a los 85 millones, a la que se sumarán 10 millones más sólo durante mi administración, México enfrentó una prolongada recesión durante prácticamente toda la década de los ochenta. Sufrimos términos de intercambio negativos; la caída en los precios de las materias primas y en los del petróleo; una muy pesada carga de la deuda externa, agravada por altas tasas internacionales de interés, y el agotamiento de nuevos financiamientos. Fueron éstos, sin embargo, años de ajustes profundos en nuestra economía, de reciedumbre en el ánimo social y de ampliación de nuestra vida democrática.

México es actualmente una economía plenamente abierta al mundo. La eficiencia de nuestra producción así lo requería. Superando sin dogmas, hemos privatizado empresas públicas no estratégicas o prioritarias; hemos desregulado áreas de la vida económica, y contamos con reglas claras para la inversión extranjera, que le brindan certidumbre y seguridad. México ha suscrito un acuerdo histórico con la banca acreedora internacional, que significa una disminución sustantiva de nuestro débito externo. Al reducir en forma considerable la transferencia de nuestros recursos y al consolidar la confianza, se hace posible reanudar el crecimiento económico con estabilidad de precios y elevar el bienestar de quienes más lo necesitan en México.

Los cambios internos realizados permiten hoy un intercambio financiero y comercial más frutífero con el mundo en transformación, en particular con Portugal y con la Europa unida de 1992. Los acontecimientos recientes en Europa del Este no deben limitar los beneficios potenciales para países fuera de la región que, como México, desean promover un más intenso intercambio.

Para México, las realizaciones económicas con la Comunidad Europea, y con Portugal en lo particular, son prioritarias en nuestra estrategia de diversificación. El proceso de modernización que vivimos en México requiere, ciertamente, mayores flujos de financiamiento, acceso a los distintos mercados e incorporación de las tecnologías avanzadas.

En sus tratos con la Europa unida del presente y del porvenir, México requiere profundizar los lazos de amistad con países con los que, política y culturalmente, guarda afinidad. Tal es el caso de la República de Portugal con quien México suscribió, en 1980, un Acuerdo Económico y Comercial que aguarda llevar a los hechos una más efectiva y concreta realización.

Al contar ya con el marco normativo para la cooperación bilateral, resulta indispensable fortalecer el intercambio económico por medio de acciones y de proyectos concretos entre nuestras naciones. Hacia allá deberán dirigirse también los esfuerzos del recientemente establecido Comi-

té Bilateral de Hombres de Negocios México-Portugal. Estamos convencidos de que mediante mecanismos como éste, que permitirán las visitas de misiones comerciales y la instauración de exposiciones y seminarios, se incrementarán sustantivamente nuestras relaciones económicas y comerciales.

Mi gobierno otorga especial importancia al Convenio de Cooperación en Materia Agrícola, Pecuaria y Forestal, que hemos de suscribir en ocasión de esta visita. El hecho de que la agricultura y la pesca sean dos industrias prioritarias en nuestras economías y el interés compartido por una explotación racional de la riqueza maderera, que conserve el equilibrio ecológico de nuestros bosques, nos han convencido del enorme potencial que reviste la cooperación bilateral.

Debemos explorar nuevas vías de acción conjunta en sectores que hasta hoy no han formado parte de nuestra agenda bilateral. Tal es el caso de la cooperación financiera, en la que valdría la pena explorar la posibilidad de abrir líneas de crédito entre ambos países, establecer mecanismos financieros que promuevan el intercambio comercial y la cooperación industrial y, finalmente, estudiar las posibilidades de cooperación en materia energética, particularmente en lo que se refiere a la petroquímica y a la electrici-

dad, así como al ahorro y al uso racional de los recursos.

Portugal y México son naciones que han sabido afrontar los desafíos de nuestro tiempo. La vocación democrática de nuestros Estados y la gran energía que despliegan nuestros pueblos para construir sus respectivas historias son elementos que habrán de reafirmar nuestro destino como naciones libres, empeñadas en crear sociedades en las que impere la justicia. Tenemos entre nosotros coincidencias importantes que nos identifican; vamos a aprovecharlas. Portugal y México son, sin duda alguna, países que saben ser amigos. Por eso lograremos un avance sustantivo en nuestras relaciones bilaterales para beneficio de nuestros pueblos.

Los portugueses de *Os Lusíadas* no son sólo los de la poesía épica que cantara Camoens, sino los que están haciendo, hoy, que Portugal avance. Así también los mexicanos de culturas milenarias construyen la nación para el siglo XXI. Abrámosles un mismo ancho camino.

Por el inicio de una etapa más dinámica en nuestra relación bilateral preñada de optimismo; por la buena fortuna y la prosperidad del pueblo portugués, y por la salud y la ventura personal del presidente Soares y de su familia, permítanme proponer a todos que brindemos esta noche.

Lisboa, Portugal, 26 de enero de 1990.